

EDUCARTE (LA MAYÉUTICA ESCÉNICA)

“Educar a un niño no es hacerle aprender algo que no sabía, sino hacer de él alguien que no existía.” John Ruskin. “La clave de la educación no es enseñar, es despertar.” Ernest Renan “¿Cómo es que, siendo tan inteligentes los niños, son tan estúpidos la mayor parte de los hombres? Debe ser fruto de la educación.” Alejandro Dumas.

Mayéutica: Técnica didáctica que busca que el estudiante llegue al conocimiento por sus propios medios, evitando que sea por un simple conocimiento aprendido. El debate razonado va precedido de las preguntas que el maestro plantea.

En cierta ocasión leí -en un lugar de la literatura castellana del que no puedo acordarme- que se había categorizado una tendencia literaria llamada “narrativa reflexiva”, una suerte de narración que animaba al lector a la reflexión, siendo esta su fin último, incluso priorizando al simple entretenimiento. De perogrullo.

Ayer, en un alarde de esnobismo que hasta a mí me repelió de primeras, bauticé de *mayéutica escénica* el **EducarTE** de Pilar Teatre. Como una burla soterrada al sistema que pretendía mostrar (¿caricaturizar?) los chicos del Mago de la Tramoya arrojaron a la arena de nuestras críticas retinas precisamente al sistema que los alberga: la educación. Y lo hicieron siguiendo un formato ya conocido (una fórmula dinámica, ágil y accesible) en el que los gags se suceden y articulan aparentemente sin punzadas suturales, sin meniscos suavizantes, pero sometidos todos a un tema vertebrador, para finalmente enhebrarlos a todos en una costura común rematada con un lazo titular (referido al título). Y lo hicieron, una vez más, maridando los ingredientes definitorios que a los incondicionales de Pilar Teatre nos tienen (tiempo ha) enamorados: humor fresco, respetuoso y desenfadado, guión imaginativo con algún modismo de propina y alguna referencia localista que atrae al público vecino, unos gramos de ternura periférica y dinámicos malabarismos danzados en modo *musical* (olé, coreógrafos/as), amén de una tonelada de empatía con el público y una compenetración actoral sobresaliente.

Y esta vez, ya que se trataba de educación, lo hicieron buscando más plantear preguntas abiertas a un público reflexivo entregado a la comedia reflexiva (permítase la redundancia, por esta vez) que dar respuestas concretas (¡ya desde el programa de mano!, y por si alguno no lo leía, al inicio de la representación), acaso porque no las hay, acaso porque nadie las conoce, acaso porque precisamente ese es uno de los *problemas irresolubles* que sibilamente pretendían deslizar en la cabeza del espectador: que nuestro sistema educativo pretende proporcionar respuestas a preguntas cuyo interés decolora el correr de los días en lugar de plantear preguntas que despierten al educando de su letargo aulario. Que hagan de él alguien que no existía. ¿No se trata de eso? Quizás ese sea el quid de la cuestión: que este sistema (padres, maestros, políticos, “sociedad”, leyes, sistemas de evaluación...) pretende hacernos iguales, medirnos por un rasero común, cuando la vida es plural, diversa y maravillosa en cuanto comprendemos que cada uno debe andar su propio camino. ¿Menos señales fijas y más sugerentes encrucijadas?

Tampoco pasó desapercibida para quien esto escribe la icónica simbología inicial, esa prosopopéyica *educación* haciendo equilibrios entre el colorismo político que tracciona con fuerza hacia sus intereses partidistas (muchas veces contrapuestos), entre la disyuntiva entre hacer deberes para educarse o el deber que tiene la educación de hacer felices a sus educandos (¡eso sí es fracaso escolar!), entre el protagonismo estelar de los exámenes (perversa perspectiva que arrasa las cosechas, las cosechas del conocimiento sembrado que deberían enraizar sin fecha de caducidad, no arrancarse al día siguiente del examen) y las exigencias de una sociedad que ningunea con prosaica injusticia la utilidad de lo *inútil* priorizando la supervivencia económica sobre la vivencia humana, las torres inclinadas con curioso nombre de sacro-santo informe haciendo la veces de faro incuestionable en un mundo de tinieblas cognitivas donde aparentar tiene más letras que ser, entre las luchas intestinas y eternas entre la ciencia (que mató a la magia) y la tecnología (¡oh neodeidad en su cénit!) y las humanidades (en el limbo de una sociedad cada día más deshumanizada), entre

profesores y maestros (que no son precisamente sinónimos, pues los primeros enseñan y los segundos inspiran, a los primeros se los escucha un año y a los segundos se los recuerda una eternidad), entre la obsesión por transmitir y el anhelo por descubrir.

Pilar Teatre desafió a ese ente impersonal tan mentado al que llamamos sociedad (a veces cobardemente, para no señalar a nadie concreto) y le arrojó al rostro un guante crítico, en su estilo, con un poupurri aparentemente deslavazado donde se precipitaban subrepticamente las inquietudes que a los alumnos enervan, a los padres acongojan y a los maestros insomnían, jugando con la música, la chanza, el diálogo provocativo, la sutil y difusa ambigüedad en las formas y los personajes, sin afirmar nada, sin aseveraciones taxativas, sin dogma, solo sugiriendo ideas, planteamientos, alternativas, persiguiendo el despertar, sancionando subsidiariamente las certezas históricas, aguijoneando sin desmayo la psique del respetable que marchó reflexivo de vuelta a sus rutinas, pero con una sonrisa instalada en sus rostros, algunos sazonados con alguna venturosa lágrima de orgullo, otros por el gozo indescriptible de mayo (¿podré algún día patentar esta expresión, aunque este año fuera en junio?), la mayoría arrastrados por la marea irresistible de eso que llaman arte (igual precisamente por la dificultad que supone definir este sentimiento lo llaman “inútil”, porque no lo comprenden), y todos deseando más...

Desconozco si el Mago lo hizo a propósito, si era consciente de que en realidad *Educarte* es la respuesta a todas esas cuestiones, que todas las inquietudes en torno al fenómeno educativo pueden enfrentarse desde esa perspectiva mayéutica que en *Educarte* se esgrime, porque si en general las incertidumbres son incómodas y las certezas son falacias que el tiempo todavía no ha refutado, en la educación en concreto esto todavía es más evidente. Como una pescadilla que se muerde la cola, *Educarte* nos dice que no hay un único camino para forjar espíritus, y paradójicamente, nos muestra ese camino, ese sistema: preguntémonos qué queremos, cómo queremos aprender, cómo queremos enseñar, dónde acentuar y qué soslayar en ese proceso. Negando cualquier solución taxativa nos da la solución: que no debemos dejar de hacernos preguntas, acaso porque eso es educar, de verdad: despertar la inquietud, estimular la curiosidad, cuestionar el universo.

En un mundo donde quien no medra no vive, en un mundo donde lo prosaico ostenta corona, en un mundo donde los guarismos tiranizan a las emociones, en un mundo donde la inteligencia habita en el córtex y difícilmente obtiene el pasaporte para descender hasta el corazón (¡olé, que potencia gráfica la de “nuestra” inteligencia emocional!), en un mundo donde nuestro sistema educativo (que no nuestra educación) baraja legados centenarios de letras que entraron con sangre y ante nuestro temor hemofílico ahora preferimos que no entre nada en lugar de abrir la puerta a la creatividad docente, en un mundo plagado de parásitos e intrusos que asaetean con injerencias tóxicas el crecimiento de nuestro futuro (ellos, nuestros hijos, son nuestro futuro), en un mundo donde la utilidad de los aprendizajes la determina un club de ricos empresarios que ya olvidaron lo maravillosamente estimulante que puede resultar el proceso educativo (no, mejor sustitúyase por *el despertar*), en un mundo necesitado de manifestaciones artísticas frescas y sorprendentes que estimulen nuestro rutinario devenir -que abofeteen nuestro sentido crítico- y nos hagan desear cambiarlo, (al mundo, digo), en ese mundo, yo soy mucho de *Educarte*. Y esta confesión tiene más de una interpretación. *Capisci?*

Enhorabuena chicos, nos regalasteis una joya de las que merecen archivarse en la memoria in eternum (sé que vosotros jamás lo olvidaréis). Si tengo lleno el disco duro seguro que podré hacer un hueco, aunque tenga que tirar a la basura diez cañones por cada banda o formatear las ecuaciones del movimiento rectilíneo uniformemente acelerado... Ahora sé que vale la pena...

Fdo: Un admirador incondicional de Pilar Teatre que ayer aprendió,..., un mundo.

PD: Confesión perversa. Cuando volvía a casa sonriendo tuve la maligna fantasía de revisar *Educarte* sentado en la platea junto a alguno de los próceres que nos gobiernan. Esos que creen saberlo todo sobre educación, que creen saber qué conviene a nuestros jóvenes. Quizás tuvieran que confesarme que se educa más con experiencias como esta de *Educarte* que con dogmas inflexibles y decretos absurdos. Ya ves, una fantasía pueril, ¿verdad?